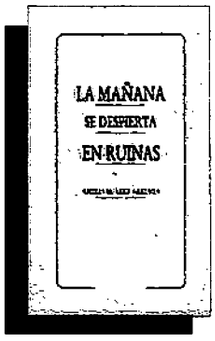
Cuando la muerte enrosca la cola y mira de lado. *La mañana se despierta en ruinas*, de Amelia Suárez Arriaga

Cristina Rivera-Garza



Elegir un epígrafe es todo un arte. La inscripción inicial que abre el texto debe ciertamente invitar a la lectura pero, para hacerlo, debe también crear alfileres de duda, cierta aura de misterio. Es un escozor que guía sin saberlo. El epígrafe, que se lee primero, sólo adquiere sentido al final de las hojas y, entonces, como un broche austero y exacto cierra el libro. Y lo deja abierto. Amelia Suárez Arriaga (México, D.F., 1967) debe saber todo esto porque en su primer poemario, *La mañana se despierta en ruinas*, hay efectivamente "algo podrido ...algo roto,/ algo involuntario y suicida" como los bien elegidos versos de Rubén Bonifaz Nuño lo enuncian al inicio de la primera sección, "Navegante de un viento interno". El libro de Amelia Suárez huele, tiembla, se sacude, rompe y se pudre a coletazos tal vez involuntarios, acaso suicidas, porque está vivo. Parafraseando uno de sus propios versos es posible decir "qué [libro] tan húmedo y frágil". (p. 16) Sin embargo, aquí no hay debilidad ni mucho menos autocompasión, hay lucidez. Desnudamiento. Una mirada casi microscópica se posa sobre el adentro y el afuera sin medir las consecuencias, sin muros de contención, amparada únicamente por la luz de un dios que duerme borracho. Es la mirada de alguien que sabe con certeza que "la muerte enrosca la cola/ y mira de lado". (p. 21)

El tema de la locura no es, claro está, nuevo en el territorio de la poesía, pero en "Navegante de un viento interno" Amelia Suárez desuella el rostro de la razón minuciosamente y sin contemplaciones, sin romanticismos. La autora no aspira a escribir un repetido elogio a la locura. Aquí no hay alabanzas a la parte maldita, a la oscuridad o la demencia que tanto magnificaron, entre muchos otros, los poetas surrealistas. La locura no es una liberación del inconsciente ni tampoco la cara opuesta, inocente y rebelde a la vez, de bien orquestados simulacros sociales. La locura que Amelia Suárez nos invita a considerar es una caída. Para ser exactos: el refugio de una caída. Ese absoluto dolor que, por serlo, "se reconcilia con la vida". (p. 20) La autora espía en detalle esa postración, ese desgajamiento, con ojos que miran de lado, tangencialmente, para que no escape y se deje ver mejor. Cuando Michel Foucault escribió su *Historia de la locura* lo hizo a través del hilo de una imagen: la nave de los locos. Todavía sin lugar específico en el mundo social, hombres y mujeres aquejados por el mal eran despachados en frágiles naves de madera hacia un infinito deslizarse sobre las aguas (en el Brasil de finales de siglo XIX se usó un tren). Foucault describía así uno de los métodos utilizados para encontrarle un espacio social a la locura antes del Gran Encierro. El advenimiento del manicomio en el siglo XVI marcó nuevos derroteros. Ya dentro de la sociedad, pero aislados tras muros salitrosos, los locos se convirtieron en un espectáculo

Cristina Rivera-Garza. Doctora en Historia Latinoamericana por la Universidad de Houston. Obtuvo una mención en el Premio Nacional *Juan Rulfo* para primera novela con el trabajo *Desconocer* (1996). Ganó el Premio Nacional de Literatura Aguascalientes con la noveleta *La guerra no importa* (1987), así como el Premio *Punto de Partida* (UNAM) con el poemario *Apuntes* (1984). En 1997 obtuvo el Premio Nacional de Novela *José Rubén Romero*.

digno de los paseos de domingo. La gente pagaba por verlos tras las rejas de la Salpatièrre, tal como también fueron examinados (aunque gratis) por ojos curiosos en los patios de La Castañeda tiempo después. Estaba ahí, sin lugar a dudas, la seducción que ejerce el lado oscuro de la razón pero también la satisfacción de un espectador que se sabe a ciencia cierta distinto, es decir, racional y sano, normal. La bipolaridad estaba ya establecida.

Con el desparpajo histórico que fue su marca, Foucault documentó la construcción social de la locura en la era de la razón y el surgimiento de mecanismos de control propios de la edad moderna. Tal como el hospital y la prisión misma, el manicomio demarcó, con altos muros y sin metáforas, la esfera de influencia de "las clases peligrosas" (los sin trabajo, los incapacitados, los libertinos) dentro de un nuevo orden económico y social. La obra de Foucault desató un renacido interés por la locura entre legos y académicos por igual. Fue un trabajo germinal y también devastador. Hay trazos de la interpretación fouculdiana en la anti-psiquiatría de los setentas, abanderada sin ambages por los psiquiatras R.D. Laing y David Cooper, ambos de origen inglés. La crítica radical a establecimientos de salud mental llevaron a Erving Hoffman a considerarlas "instituciones totalitarias". Thomas Szazs llegó, incluso, a proponer que la enfermedad mental, en su caso específico la esquizofrenia, era un mito social.

Amelia Suárez sabe, o lo intuye con profunda desesperanza, que todo esto es sólo cierto a medias. En uno de los poemas de la primera sección, dedicado de manera por demás interesante a un doctor, dice: "Es mentira que sobre los ojos de los locos/ duerma una luz tibia/ o que bajo su piel respire un pájaro./ Huelen a angustia macerada/ un rumor de espinas anida en su pecho./ Son sólo locos, locos solos". (p. 22) La locura de Andrea, a quien la autora se dirige de tú, es real: "sus palabras son de astillas/ en el umbral nos esperan/ al mover la llave". El desorden de sus sentidos, lejos de producir un asombro inflamado de maravillas, provoca un pesado cansancio, miedo, desazón. "Nos escondemos de ella", dice la autora. Y aún más: "Todos desean, sin decirlo/ el hachazo final/ que derrame tu alma desgajada". (p. 21) Hay un "potro de tortura" en sus ojos, Andrea vive en "una cárcel de espinas", a su lado "siempre el vértigo", es uno más de esos "eternos pasajeros/ en la boca del dolor" bajo cuyos pies el "suelo perdió su posición". (pp. 21, 16, 15, 22, 16) Sin embargo, con la percepción aguda de una inteligencia triste, Amelia Suárez también nos invita a considerar la ambivalencia de todo desorden mental. Si bien la locura es ciertamente "una caída inmemorial", "la llaga/ en el rostro de la vida", ésta también constituye un nicho, una manera de protegerse contra algo tal vez mayor y más descarnado. Más voraz. La autora pregunta sin preguntar: "Cuánto sufrimiento habrás tenido/ para refugiarte en la locura". (p. 16) Y aquí vale la pena continuar con la lectura y explorar, junto con Amelia, ese afuera de la locura que tal vez es el verdadero encierro.

En la tercera sección del poemario, "Hormiguero de hastío", la realidad finisecular se despierta en ruinas y lo hace puntualmente en la mañana. Hay hastío ciertamente, una rutina que lo engulle todo y sobre el desolado paisaje creado por las máquinas sólo "se desploma un vapor amarillo". (p. 40) Hay tedio e incertidumbre, se sabe, pero quizá el peligro mayor sea esa manera de vivir en un mundo con "ventanas ficticias" donde "todo lo rápido y fácil/ se erige triunfador". (p. 43) Un mundo donde una ligereza sin consecuencias provoca con igual premura el aplauso o el olvido, ambos totales. El universo blando de la autocomplacencia. El mundo donde "Duerme, borracho, mi Dios". (p. 40) Pero la mirada tangencial, la que no estorba al ver y se escabulle entre resquicios, también se posa sobre el fin de siglo de manera ambivalente. Sí, la pesadumbre existe, pero "aún así, amamos en húmedos cuartos/ donde el amor se rompe/ en palabras que son humo/ agua/ lluvia negra en su interior". (p. 41) El mal mayor no es que todo alrededor sea negro, sino que el mundo se diluya en un gris timorato y sin lucimiento. Ese tono blanquecino de vómito viejo. Si éste es el afuera del que se protege Andrea, no es nada sorprendente que la locura pueda convertirse también en ese infinito "sitio en que renaces". (p. 20) Por lo demás, no hay demasiadas alternativas, aun si "los ángeles acechan", la autora ordena: "Que no entren,/ que nada nos libere/ de la señal a que estamos destinados". (p. 41)

Además de la locura y la desesperanza finisecular, Amelia Suárez incluye en su libro, aparentemente en contraposición, dos secciones donde visita la casa del erotismo y el regocijo de la naturaleza. Aparentemente porque, bien leídos, estos poemas llenos de luz y de cielos hechos con piel van por igual teñidos de ese vaho amarillo de la desolación. Aquí también "la muerte enrosca la cola/ y mira de lado". En el la-

berinto de su deseo no hay dulzura fácil ni encantado asombro. Tal como evitó hacerlo anteriormente con la locura, aquí no hay elogios al cuerpo o cantos superficiales a la pasión. Amelia Suárez se niega a ver el mundo a través de ventanas ficticias, no importa que ese mundo sea el cuerpo. Después de todo, la pareja que cabalga hacia el laberinto son la fiebre y el insomnio tomados de la cintura. (p. 30) Si bien los muslos son hoguera y de los hombros ajenos se levanta el verano y en el fulgor del deseo, a veces, pierden forma los sentidos, siempre están ahí, a la vuelta de la esquina, los "puñados de angustias", los "latires fingidos", las lejanías y ese personaje siempre incómodo en los discursos amorosos: los celos. Amelia Suárez los incluye a todos sin misericordia y sin autocomplacencia. Tal vez, también sin compasión. Este laberinto sí es un verdadero laberinto. Aquí hay lugares para perderse bajo la contemplación del beso donde la autora se reconcilia con la vida; pero también se abren puntuales los despeñaderos, las puertas por donde se asoma el rostro amotinado del abandono, los rincones donde los celos son "espinas que acribillan/ la carne viva de la imaginación". (p. 35) En esta gramática erótica abundan los puntos suspensivos de la dubitación. Cada rapto sensorial va seguido de un momento abrupto de autointerrogación y autorreconocimiento. Quizá esto se deba a la sentencia final: "Otra vez la espada del mundo/ nos deja incompletos/ para aprender, cada uno,/ por su lado/ a morir en voz baja". (p. 36) En el laberinto del deseo siempre se camina a solas y las paredes se palpan con las manos del murmullo.

Nos queda la naturaleza. Contra el paraje inanimado de las máquinas, contra "el túnel roto del delirio" que es la locura, y aun contra el erotismo descreído de fin de siglo, "Ríe la luz, asombrada", crece en ese escándalo anímico de una naturaleza viva, en expansión: "una realidad ardiendo." (p. 49) Pero la de Amelia Suárez no es La Gran Naturaleza de imperiales ímpetus que a su paso redime y magnifica. Ésta no es, al fin y al cabo, una naturaleza del siglo XVIII: aquí tampoco hay salidas fáciles. La naturaleza de Amelia Suárez es el lugar de las cosas pequeñas e insondables. Una naturaleza posmoderna que no produce otra cosa más que placer: el pacífico placer de la contemplación. La contemplación del beso que reconcilia con la vida. Aquí, en ella, los ojos de la autora se vuelven asombrados microscopios. A su alrededor hay hojas, piedras, lagartijas, "charcos niños", matorrales, "pájaros oscuros". Como un naturalista del siglo XIX, la autora avanza poniéndole una atención a la vez meticulosa y desmedida a su entorno. Y atrapa ciertamente la risa de la luz que es un "jugo de oro", y la sombra que cae entre los árboles como lluvia. (p. 50) Si la mañana se despierta siempre en ruinas quedan, a cambio, los pájaros en vuelo que, explotando dentro de sí mismos, producen un calmo anochecer.

El primer libro de Amelia Suárez aparece teñido por las madejas finiseculares de la desolación. Es de agradecerse que, tal como la muerte que enrosca la cola, la observe de lado. A pesar de que todas nuestras mañanas son ciertamente nuestra puntual derrota, la voz de Amelia Suárez no cae en las fáciles tentaciones de la queja, el aleccionamiento o el nihilismo. Acaso el único momento de real peligro sea ese hormiguero del hastío donde "el hombre ha derrotado al hombre" y, a momentos, pareciera querer salir el rostro impertinente de La Época con cansina grandilocuencia. El segundo peligro, éste en el orden de la escritura misma, son algunos versos que, rotos a la mitad, avanzan por el texto sin mucha cadencia. El tono que hilvana todas las palabras del libro, sin embargo, logra transmitir en su conjunto algo con peso (¿el pesar?), una vocación a la vez cavilante y contemplativa y, en cualquier caso, desde los huesos. Aquí nada es rápido ni fácil y si algo se erige triunfador, es el jugo de luz de la poesía. Al cerrar el libro uno sabe con certeza que, en efecto, aquí hay algo podrido, algo roto, algo involuntario y suicida pero, para entonces, uno sabe, también a ciencia cierta, que se está señalando a uno mismo. El epígrafe, justo como la muerte que mira de lado, acaba de enroscar la cola a nuestro alrededor.Δ

DE CASONA DE BRAVO A MUSEO NISHIZAWA
Proceso de rehabilitación
RAÚL TALAVERA MÁRQUEZ
Ed. 1997, 97 pp.

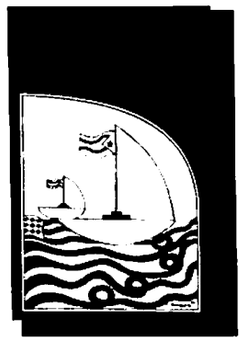
Esta publicación contribuye a la preservación del patrimonio cultural arquitectónico de nuestra entidad. La memoria de trabajo que conforma este libro, pretende servir como auxiliar para los arquitectos que optan por rescatar viejos edificios de valor, guiando la secuencia de trabajo metódico para llevar a buen término una rehabilitación, sin improvisaciones ni arbitrariedades, con racionalidad y profesionalismo. Esta publicación ha sido realizada con el fin de servir tanto como texto académico como de libro de consulta para todos los admiradores del acervo construido de nuestras ciudades.

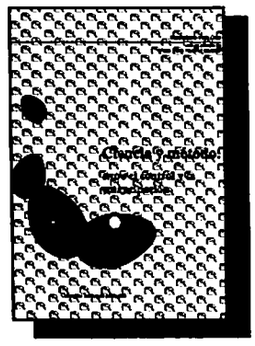
SOCIOLOGÍA NORTEAMERICANA: UN DIAGNÓSTICO DE NUESTRO TIEMPO
ASAEL MERCADO MALDONADO
Ed. 1997, 241 pp.

Este trabajo es el resultado de un esfuerzo de interpretación teórica y analítica sobre la génesis de la Sociología en Norteamérica y México, logrando sistematizar el pensamiento de sus fundadores y estableciendo relación con las patologías que afectan a la sociedad occidental. En este sentido, la obra reviste gran importancia, pues analiza los problemas sociales fundamentales en Norteamérica en particular la desigualdad, el racismo y la violencia, argumentando en torno a los aspectos de la decadencia en el país más poderoso del Continente Americano y posiblemente del mundo.

CUBA-ESTADOS UNIDOS: ANÁLISIS HISTÓRICO DE SUS RELACIONES MIGRATORIAS
PATRICIO CARDOSO RUÍZ
LUZ DEL CARMEN GIVES FERNÁNDEZ
Ed. 1997, 178 pp.

Este libro ofrece al lector un estudio del comportamiento migratorio registrado a lo largo del tiempo desde la isla de Cuba hacia los Estados Unidos. Este trabajo está dividido formalmente en dos capítulos. El primero se refiere a los antecedentes históricos de la migración antes del periodo revolucionario. La segunda parte analiza el periodo que va desde 1959 hasta el presente, señalando los diversos tipos de migración, los motivos de ésta, así como el desarrollo de los grupos de cubanos en el exilio.

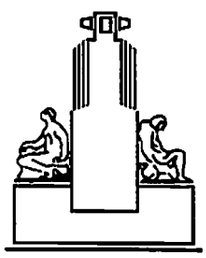
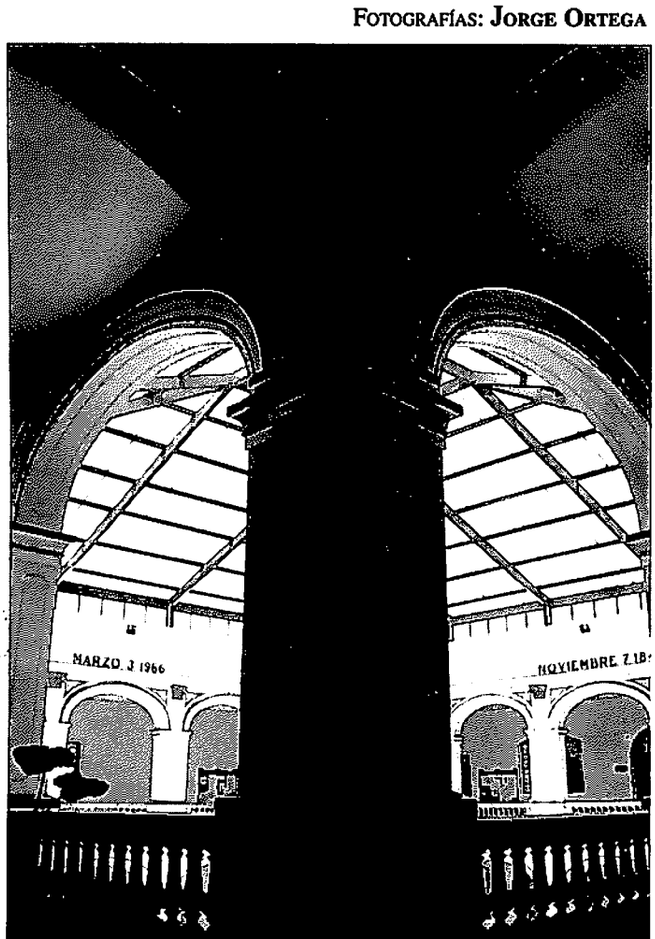




CIENCIA Y MÉTODO: ENTRE EL CONTROL Y LA EMANCIPACIÓN
Colección: Hechos de población
MAXIMILIANO VALLE CRUZ
Ed. 1997, 158 pp.

En este volumen se reúnen una serie de ensayos, cuyo eje articulador lo constituye la noción de ciencia y método que, en la medida de los posible, se refieren a las llamadas ciencias sociales; se trata, en realidad de un trabajo de exposición del pensamiento de algunos autores que ejercen, o han ejercido, una influencia decisiva en la reflexión sobre la constitución científica del conocimiento social.

Para adquisiciones dirigirse a la Librería Universitaria (Instituto Literario No. 100 Ote., Toluca, Méx.) o llamar al 14 19 45.



FOTOGRAFÍAS: JORGE ORTEGA